

## Palabras cervantinas glosadas por los modernos\*

Madre España, ¡ay de tíl  
en el mundo tan nombrada,  
de las partidas la mejor,  
la mejor y más ufana...

Interesa aquí considerar las experiencias de Juan Goytisolo y de Cervantes — respectivamente analizadas a la luz de las «Señas de identidad» y del episodio pastoril del «Coloquio de los perros» — como dos planteamientos de la relación hispana del individuo con la comunidad, para cuyo fin acuden ambos autores al concepto del rebaño, jugando con la varia terminología que consiente: ható, ganado, grey, etc. Rechazando la idea de una mera coincidencia literaria, pensamos que la estrategia del moderno invita a pensar en una referencia secreta al episodio pastoril del clásico. La lectura personal que Goytisolo hace de dicha secuencia, habremos de convenir que dilata las fronteras de nuestra comprensión del texto cervantino.

En su proceso de marginación, en las premisas de heterodoxia que nos ofrecen las «Señas de identidad», y que, andando el tiempo, se formularán con todo rigor, Goytisolo siente la necesidad de volverse a Cervantes, considerándole, pues, como figura representativa de disidente, de proscrito dentro del pensamiento y de la espiritualidad del Siglo de Oro.

En la búsqueda de la identidad propia que se lleva a cabo en las «Señas de identidad», en el proceso de deslinde del individuo frente al grupo o la colectividad, — así como en otras y numerosísimas ocasiones, acudirá Goytisolo al concepto de tribu, cáfila, como contraste humano del «yo» — también se va, y con premeditación más o menos velada, a la imagen del grupo animal de una misma especie, movido por unas fuerzas rectoras.

La palabra *rebaño* se aplicará a la muchedumbre veraniega de los turistas (insinuación de conformismo animal, tópicamente transpuesto a los comportamientos humanos), extrajeros en su mayor parte, que invaden España y visitan Barcelona. Fácil ocasión para Goytisolo de dar el alto al lector que, al asistir al desmadre suyo que se consuma en las últimas pági-

---

\* Al ser éste el único trabajo sobre literatura española y versar, además, sobre Cervantes, no se separa, a diferencia de lo establecido en los otros números del *Homenaje* a F. Sánchez-Castañer, de los de literatura hispanoamericana.

nas del libro, se sintiese tentado de asimilar su postura de atalaya de España (desde alguno de sus tan indispensables miradores), al acto turístico vulgar. Para hacer más notoria la disconformidad y la singularidad, crea Goytisolo una simetría antagónica entre el rebaño de turistas y su propia persona de pseudo-turista solitario, que recorre el mismo perímetro que la variopinta y babilónica cohorte, y se asoma al mismo catalejo para otear la ciudad. A la engañosa identidad del recorrido turístico deseará y logrará añadir Goytisolo — por lo que alberga aún de solidaridad con el reciente acontecimiento de la guerra civil española — la visita al paredón adonde fue llevado el Presidente de la Generalitat de Cataluña, Companys. Acto de solidaridad simbólico, siquiera con uno de los componentes de la historia y del pasado español inmediato, confrontación que, trivialmente, hace posible la dádiva al guía de los forasteros, por parte del español que aún conoce la virtud del sésamo de la «propina».

Turista no soy. Hay pues varias maneras de asomarse al catalejo de la realidad presente de España: éste no devuelve la misma imagen a los turistas, carentes de inquietud política, dispuestos a embeberse pasiva y desapasionadamente en las palabras del guía oficial y la lectura del folleto turístico, o al Goytisolo que se complace en un juego alterno de actitudes adversativas, exculpaciones y culpabilidades, en la morosidad de un turismo introspectivo, y se declara — a más de sentirse — héroe de una Pasión: en breve, al Goytisolo a quien duele España<sup>1</sup>.

Otro encuentro del hijo de España es con la colectividad de los españoles salidos de España a París, término impropio en su forma singular, ya que, en la realidad, encubre el rico despliegue de los estratos históricos de las varias emigraciones, entre las que se afirma una sutil jerarquía<sup>2</sup>, al mismo tiempo que se marcan unas divergencias que no logran nunca reducirse a unidad, ni cuajar en la acción común. Cúmulo de conformismos es para Goytisolo el microcosmos del exilio español en París, en el que sin embargo imperan, por encima de los distingos y separaciones, unos rasgos constantes de abrumadora hispanidad, reducidos sin indulgencia por el autor al egocentrismo, desprecio a lo extranjero, altisonante irrealismo, fanfarronada masculina, etc.

Dentro de este ambiente espiritual y mental que se ha traído preconcebido de España, uno se siente tentado a considerar que el café de Mme Berger en París, lo mismo pudo existir, como ser invención de Goytisolo, en cuanto punto de convergencia de los exilios españoles en París y lugar ideal de otro gregarismo, ya que en el nombre patronímico *Berger* aflora

---

<sup>1</sup> Rogamos al autor de la «Reivindicación del Conde Don Julián» nos perdone aplicarle la fórmula célebre, que será de las escarnecidas más adelante.

<sup>2</sup> Remitimos el lector al libro, rico de datos y sugerencias de Paul Ilie, «Literatura y exilio interior», Ed. Fundamentos, Madrid, 1981, y a su muy valiosa bibliografía.

en francés el concepto del rebaño, sugerido por el pastor<sup>3</sup>. Al café de Mme Berger acude Goytisolo, bajo las especies de Alvaro/Antonio, y es otra ocasión para el prófugo de afirmar su disidencia — en este caso, frente a los mismos disidentes políticos —, de huir del pastoril rebaño.

En las últimas páginas del libro, donde se juega el descastarse de Goytisolo, (él, que se despide de España, tomando la iniciativa del adiós amoroso; aquella, que le brinda la libertad y le absuelve de los laxos naturales), es donde se enfrenta y se contrasta el ego de Goytisolo, «desterrado voluntario», con la colectividad de mayor transcendencia, numérica y afectivamente hablando, puesto que es, a un mismo tiempo, suma de los pobladores presentes de España (los que no escogieron, o no pudieron hacerlo, la vía del exilio geográfico)<sup>4</sup>, es el rico pasado personal, colectivo, histórico, aún cuando Goytisolo considere a éste petrificado, generador de muerte<sup>5</sup>, es el crisol donde se fragua el idioma nutricio. A esta España que se deja atrás, Goytisolo impone el nombre de *grey*, término que no alude en particular a la clase social burguesa de donde él procede, sino, en forma difusa, a esa como solución en que ha estado inmersa su individualidad, y a la que no cuadra ninguna definición ni étnica, ni social, estricta (unos obreros andaluces pueden, en el libro, ser parte de la *grey*)<sup>6</sup>. Tampoco se puede definir la *grey* en términos de una política circunscrita a la era franquista. Más bien ha de verse como el común denominador más amplio, aplicable a cuanto ha convivido material y espiritualmente con Goytisolo y constituye su horizonte de procedencia, y como un espacio vivencial dialéctico en que la predisposición atávica a la sumisión y el conformismo de la colectividad colaboran en la tarea de oprimir al individuo<sup>7</sup>.

El concepto de *grey* que Goytisolo deja sentado en su obra testimonia el reconocimiento por parte suya de unos rasgos comunes que se comparten entre los españoles. Incluso, pensamos, postula la esencia de alguna hispanidad, inmutable, consonancia con la geología pétrea de la península («piedra somos y piedra permaneceremos»)<sup>8</sup>, que trasciende los siglos

<sup>3</sup> Análogos procedimientos de transposición novelesca pueden observarse en el libro, al aludirse a otro local de reunión de los exiliados, sala de conferencias pertenecientes a la Academia de Ciencias de París, (p. 226), en que creemos fácil identificar al Ateneo Iberoamericano de París, que se alberga en el Musée Social, 5 Rue Las Cases.

<sup>4</sup> Paul Ilie, obra cit.

<sup>5</sup> «Pensando (...) en su pasado que no era más que esto / pasado / y en buena hora lo fuera puesto que de él no brotaba ningún presente limpio» p. 419.

<sup>6</sup> pp. 380/381.

<sup>7</sup> p. 380, «el asombro que te embargara entonces ante el fatalismo resignado de tu *grey*».

<sup>8</sup> «Escuchando el coro de las Voces que se ensañan contigo como las premonitorias hechiceras del primer acto de Macbeth (...) / nuestra firmeza es inmovible ningún esfuerzo tuyo logrará socavarla / piedra somos y piedra permaneceremos» (p. 421).

y las divisiones geográficas. Aunque la declaración no la asume personalmente Goytisolo, sino que la patrocinan unas Voces nefandas, nada se opone a considerarlas como exhalación esencial de hispanidad... Al dejar constancia de la opresión de hispanidad que sufre el individuo español, Goytisolo no hace sino suscribirse, en forma negativa, a la noción de casticidad de los doctrinadores oficiales. De éstos a Goytisolo, varía tan sólo la valoración —positiva o negativa— que reciba el concepto, pero no se desmiente la existencia suya. Cuando, años más tarde, al homenajear a Américo Castro, Goytisolo arremeta con denuedo contra el dogma oficial de la esencia «a prueba de milenios» de España<sup>9</sup>, bueno será, para lograr una visión matizada de la situación de nuestro autor con respecto a su legado histórico, tener presente a la grey de las «Señas». Y también preguntarse qué es la esencia «preciosa e irremplazable» de que «el orden brutal» despoja a los hermanos de Goytisolo que han optado por someterse y permanecer en España. ¿Esencia preciosa, por ser individual, irrepetible? ¿O esencia propia de un conjunto ideológico? (En cualquier caso, notemos al paso la postura idealista que afirma Goytisolo, postura que algún lector malicioso pudiera tal vez asemejar al angelismo mofado por las «Señas», en cuanto ridículo compartido por la ortodoxia oficial y la disidencia de la emigración).

¿Qué es para Goytisolo ser individuo en España? ¿Es posible la individualidad en España? Un nuevo consenso —simétrico del que hemos apuntado sobre la existencia de la casticidad hispana— parece crearse, entre la ortodoxia oficial y Goytisolo, a propósito de la realidad existencial del individualismo en España y de la opresión del individuo por el sentir conforme de España. También aquí se advertirá la misma discrepancia (notada ya al hablar de casticidad) entre el discurso oficial que reproduce a trechos la novela, y el de Goytisolo, en el valorar y definir el individualismo. Para aquél es el individualismo factor peligroso de desunión para la comunidad, precisamente por ser el individuo español demasiado «glandulado». O, dicho de otra manera, el individualismo, si entraña consecuencias dañinas, es como resultado lógico de un exceso de hombría, en lo fisiológico y lo moral, por lo cual, dentro del sistema de valores en que se funda el discurso oficial, se hace acreedor a cierto aprecio por parte de aquellos mismos que lo cercenan y mutilan: en suma, ser individualista en España, es, desde esta óptica, otra manera de ser castizo, de permanecer fiel a los valores de la raza<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> «Se nos había enseñado desde niños que los primitivos moradores de la península presentaban rasgos comunes a los de los tiempos modernos, prueba de la perduración secular de ciertos caracteres étnicos imborrales (...) Un ángel tutelar velaría por nuestra privilegiada «esencia» a prueba de milenios, por nuestro espíritu «unido por las raíces a lo eterno de la casta», etc.», en «Estudios sobre la obra de Américo Castro». Taurus Ediciones, 1971.

<sup>10</sup> «Y aunque para toda nación la paz es deseable y su organismo sufre cuando la paz

Reivindica Goytisolo el derecho a ser otro dentro de la comunidad espiritual española, a discrepar, no tan sólo en el orden político, sino en otros tan fundamentales, como son en España el religioso y el de la moral y los comportamientos sexuales. Ciertamente, dentro de todo cuanto mueve al héroe de las «Señas», la política abulta más, pero el orden político consecutivo a la guerra civil se considera en la novela, no como accidente en el recorrido de España, sino como reactivación y resurgencia de los «fantasmas y demonios interiores» suyos<sup>11</sup>, de los que deja constancia el discurso oficial, al recoger la tradición y la ortodoxia de los siglos pasados. Por ello la frontera del compromiso político y humano en la novela se ve a menudo bastante borrosa. Es así como un terreno en que Goytisolo se afirma distinto —y lo demostrarán plenamente la «Reivindicación del Conde Don Julián» y el «Juan sin tierra»— es precisamente el de los comportamientos sexuales, en el que España ha venido edificando un fuerte sistema de valores, adscribiéndolos a la categoría moral<sup>12</sup>. A fin de cuentas el problema para Goytisolo se plantea en forma de imposible: ¿cómo ser disímil, sin verse despojado, por la comunidad, de la calidad de español? o ¿cómo seguir siendo español, dejando de serlo? Desmiente Goytisolo la posibilidad del convivir de un individualismo y de la comunidad hispana, dentro o fuera de España, ya que, como en el café de Mme Berger, aquél ha de estrellarse contra la inmutabilidad pétrea hispana.

El individualismo en España no puede ser sino cosa de francotiradores, guerrilleros en campo del pensamiento y la espiritualidad, como lo son en el de la política los oponentes al régimen franquista; aserto que ilustra la pareja Alvaro/Antonio, por cuanto significa novelísticamente la doble vertiente de la guerrilla. La España de los inconformistas, cuya existencia rescata Goytisolo, es la de los españoles «lúcidos»<sup>13</sup>: ésta no ha de identificarse con la oposición a la España franquista, aunque, sí, el primero y vasto clamor de inconformidad, en el momento histórico de las «Señas», sea aquel de las víctimas políticas y de los luchadores comprometidos en la

---

se turba, pueblos menos glandulados que el nuestro pueden soportar el alboroto y el desorden sin que esto les acarree consecuencias mortales pero no el pueblo español». «Así se expresaban jubilosamente los portavoces oficiales, etc.», pp. 370 y 373.

<sup>11</sup> «Demostración por absurdo de un combate sostenido siglo a siglo contra fantasmas y demonios interiores, lucha de hermanos contra hermanos lúcidos cuya memoria ni el tiempo ni la muerte respetaban», p. 419.

<sup>12</sup> Aunque la heterosexualidad no se descubra sino esotéricamente en las «Señas», ni la asuma plenamente aún Goytisolo, como ha de ser el caso más adelante, la disidencia en el plano de la moral religiosa y sexual ya se ve clara en el culto rendido a unas divinidades africanas, en una religiosidad presidida por el sexo, y en las letanías, que son como contrafigura de la oración cristiana del niño Alvaro: «alma de Ochún santifícame / cuerpo de Changó sálvame / sangre de las reglas de Yemeyá embriágame», pp. 419/420.

<sup>13</sup> Véase nota 11.

acción. Pero dentro de esa *otra* España de Goytisolo, no tienen su puesto los conformistas de la oposición política, v. g. los de la emigración parisiense, y, sí, lo tienen cuantos disienten con el ideario tradicional y oficial y se afirman en la plenitud de su sinceridad individual.

\* \* \*

Última y paradigmática oportunidad para meditar sobre el problema del individualismo en España, la brinda a Goytisolo el tema de la corrida de toros. Invertidos los papeles de la larga metáfora que se irá desarrollando a lo largo de la novela, y donde la comunidad se mienta como «grey», y el individuo como hombre, el toro de la corrida resultará ser exponente del individualismo. ¿A qué reino —humano/animal— cabrá adscribir la tremenda unanimidad del público? ¿A la «grey»? o ¿más probablemente a una humanidad capaz de discurso e inventiva en la tortura del bicho? La corrida da lugar a dos identificaciones de signo contrario: la del individuo «glandulado», émulo del modelo animal, ya citado; la otra, la de Goytisolo, solidario del animal acorralado<sup>14</sup>.

\* \* \*

Culmina el proceso de individualización de Goytisolo en la apóstrofe que, en forma de mandamientos religiosos, se dirige a sí mismo: aléjate de tu grey; tu desvío te honra/cuanto te separa de ellos cultívalo / lo que les molesta en tí glorifícalo / negación estricta absoluta de su orden esto eres tú». Goytisolo se fuga de la grey y opta por exiliarse<sup>15</sup>.

\* \* \*

Problema fundamental dentro de la relación del individuo con la comunidad es el de la convivencia de Goytisolo con su legado lingüístico y literario. Campo privilegiado y conflictivo. Al respecto las «Señas» representan sólo una primera etapa hacia la «Reivindicación del Conde Don Julián», a la que corresponderá asumir con entereza los planteamientos esenciales: definición de los «clásicos»; inventario de los valores que encarnan en ellos; representatividad de este ideario a escala del individualismo español; relación de la lengua con este legado espiritual y literario, y de la otra parte, con la experiencia vivida.

Las «Señas»; sin la intención iconoclasta de la «Reivindicación»; se abren ya a las reminiscencias del siglo de oro. El presente de España trae

<sup>14</sup> pp. 141-147.

<sup>15</sup> p. 419.

a la mente de Goytisolo repetidas memorias de la España del desengaño clásica, incluso se vive en consonancia con ella, ya identificándose el escritor con el diablillo travieso (el de un Vélez de Guevara)<sup>16</sup> que deshace, desdora el decoro de las apariencias español, al asomarse a la intimidad de las viviendas; ya prestando, instilándoles a los moradores de la moderna Barcelona que se le aparece difumidada por la calina, un sentimiento, borroso también, ilusorio, del vivir, acorde con la obra calderoniana<sup>17</sup>, vivir que es farsa de vida y lo único que consiente el estado actual de España. Cervantes es aludido directamente en su Quijote, para rebatir la falaz continuidad histórica que pretenden instaurar las autoridades oficiales, entre la pasada Barcelona que vio el hidalgo, y la urbe moderna<sup>18</sup>. Dichas figuras literarias diríase que Goytisolo las convierte en aliados suyos en la tarea de restaurar la verdad abolida de la España de la posguerra. Bueno será señalar aquí también la breve cita de Fray Luis de León, a quien habremos de interrogar cuando nos volvamos luego a Cervantes<sup>19</sup>, presencia extraterritorial en las «Señas» a las menciones de la España del desengaño. Su razón tendrá...

A estos clásicos, que no dan lugar a juicios valorativos, literaria ni ideológicamente hablando, que resultan significativos tan sólo por su misma elección, vemos cómo Goytisolo los resume y los asume mediante el posesivo «vuestros» («vuestros clásicos»)<sup>20</sup>, en el instante mismo en que él se distingue con toda claridad de sus paisanos barceloneses.

\* \* \*

### La consciencia del lazo con la comunidad lingüística, último vínculo

<sup>16</sup> p. 418 «y Diablo Cojuelo desde el descubridero de los miradores / atalayabas tu ciudad natal.»

<sup>17</sup> p. 406 «la calina mitigaba el reverbero de la luz y se mezclaba con el vaho de las chimeneas de las fábricas el escape silencioso de los vehículos el jadeo de medio millón y medio de habitantes congestionados que en esta jornada canicular comían, trabajaban, caminaban, se amaban sin saber a ciencia cierta / te decías / si su vida era o no / como pensaran vuestros clásicos / un borroso efímero desdibujado e inconsistente sueño.»

Observará tal vez el lector en estas líneas una traslación de sentido bastante audaz, si no problemática, en el enlace que crea Goytisolo con «La vida es sueño».

<sup>18</sup> pp. 401/402. Quienes crean el desliz de sentido, en el caso del Quijote, son las autoridades oficiales, y el que lo denuncia aquí es Goytisolo.

<sup>19</sup> p. 371 «la amenazadora sombra de Caín» (palabras entresacadas del discurso oficial) «oscurece como diría fray Luis la espaciosa y triste España».

<sup>20</sup> Precisamente en el momento en que atalaya la ciudad de Barcelona, y se ha hecho muy palpable el hiato entre el observante y los observados — aludidos éstos en tercera persona de plural —, se pasa Goytisolo a la segunda persona de plural, incluyéndose así entre la comunidad española, al reconocer como antepasados suyos y de los demás españoles, a los «clásicos».

que le une a España («nada nos une ya sino tu bella lengua mancillada hoy, etc.»)<sup>21</sup>, va a disparar una reflexión sobre la relación del ser y del signo idiomático, hasta llegar a la opción vivencial del destierro y la segregación del entorno lingüístico español. Básicamente la interrogación parece reducirse a levantar acta de la imposibilidad de expresarse sin trabas Goytisolo a sí mismo, en tanto que permanezca físicamente en España. Menos someramente digamos que no se ha logrado para él en España la deseada adecuación —condición de un existir pleno— entre la experiencia personal por expresar, y el instrumento idiomático, ni tampoco, invertidos los factores, la ofrecerá a Goytisolo la alternativa del exilio. Amenazado de afasia, o de abulia, opta por la salida existencial del exilio, en que, a primera vista, prevale, pues, la sinceridad del compromiso consigo mismo, por encima del riesgo de corrupción del idioma con la inmersión en la comunidad lingüística de extraños: todo lo cual parece implicar que se da prelación al fondo sobre la forma, decisión drástica en el escritor.

La conclusión y el pronóstico serían atropellados. Observar en efecto Goytisolo que nada le une ya a la comunidad española, si no es la lengua, es dejar constancia de que la forma, por encima del ideario que separa, goza como un existir suyo. Ente autónomo, cobra el idioma, por así decirlo, calidad de augusta persona moral, a la que se atreven aquellos —convictos por Goytisolo de crimen de lesa-lengua— que lo usan para significar realidades o valores que él repudia. La confiscación que Goytisolo denuncia, de la «bella lengua» por el discurso oficial de la posguerra civil, viene finalmente a confirmar el existir propio de la lengua, y deja entrever para el futuro la posibilidad inversa de un proyecto de secuestro personal a beneficio del mismo escritor. ¿Pero quién imaginara jamás, al leer las preciosistas descripciones de las «Señas», que en la escisión del fondo y la forma, del actuar y el escribir, saliese la forma mal librada? Actuar será escribir, persiguiendo la forma.

Como queda dicho, los problemas eludidos en las «Señas» se afrontarán en la «Reivindicación», extremándose ahí también las soluciones. Ahí se consumará en efecto la purga mayor que ha de dejar despoblada a media España, tanto áurea como noventayochesca, de aquellas obras literarias que la tradición ortodoxa quiso considerar vaso de castellanidad y esencia de España. La desmitificación se llevará a cabo, en forma de hazaña mitológica, dejando Goytisolo burlada la vigilancia del canchero de una biblioteca y obliterando los lugares excelsos de la literatura hispana a puro insecto espachurrado entre las páginas antológicas. Quede claro a quien nos lea que la «insecticida cafastrofe»<sup>22</sup>, no es sino defecar figura-

---

<sup>21</sup> p. 420 «nada nos une ya sino tu bella lengua mancillada hoy por sofismas mentiras hipótesis angélicas aparentes verdades / frases vacías cáscaras huecas / alambicados silogismos / buenas palabras.»

<sup>22</sup> Ed. Joaquín Mortiz, México, p. 37.



do del hijo en la madre España. (Y nos abstenemos de citar el dicho soez que está glosando aquí Goytisolo). ¿Matricidio de España? ¿Punto último en la trayectoria recorrida por Goytisolo, y que vendría a contradecir la devoción de las «Señas» a la augusta figura —materna, también, si se quiere— de la lengua española? Más bien habremos de ver en este acto el ajusticiar de *una* de las Españas, una tan sólo de las imágenes maternas a la que importa aquí exorcizar, uno de los adversos fantasmas que pueblan la relación amorosa que Goytisolo mantiene con España<sup>23</sup>.

El repudio de un ideario correrá parejas, a la hora de la «Reivindicación», con el escarnio de los moldes estilísticos correspondientes<sup>24</sup>. Pero, si ya la forma y el fondo se consideran, pues, como solidarios, afirmará Goytisolo predilección, entre los varios forjadores de idioma, por el excelso cultor de la forma: bella y exquisita ofrenda poética la suya a Góngora («enredados aún en tu memoria, tal implicantes vides, los versos de quien, en habitadas soledades, con sombrío, impenitente ardor, creara densa belleza ingravida», etc.<sup>25</sup>. Un exiliado de la realidad, Góngora, ese será forjador de patria para Goytisolo.

Desligado el idioma filialmente de la España repudiada de los conformismos, y luego amorosamente rescatado, vemos a Goytisolo como nuevo Eneas llevando a costas en el destierro al padre Anquises. Cuanto más se afirme la disidencia de Goytisolo (sea de signo francés, o más afrentosa, de signo africano) con respecto a los valores imperantes en España, más amoroso se hará el sacerdocio lingüístico. El compromiso con la lengua rescatada es razón del existir de Goytisolo, no menos fuerte al parecer, que la sinceridad existencial a la que nos hemos referido antes.

Apuradas las dos obras, el lector tal vez se quedará pensando: de un lado, contento de que la incipiente reflexión de las «Señas» haya cuajado, en el «Don Julián», en la consciencia de la solidaridad que ofrecen el ideario y las formas que lo traducen, como se desprende claramente del paródico «patchwork» tejido por Goytisolo; insatisfecho, de otra parte, de las elusiones, caprichos y mudanzas de Goytisolo en su carearse con la historia. Parece deducirse del «Don Julián» la idea de que la historia escribe el idioma juzgando por la reseña de las huellas lexicales del pasado musulmán de España, que, si se quieren proscribir, hacen que el idioma del siglo XX parcialmente enmudezca. El «Don Julián» hasta puede considerarse intento de reescribir la historia de España —otra historia— basándose en premisas filológicas árabes. Por obra de la historia también, el castellano exportado a América ha tenido que vérselas con otras realidades, y lo testimonian los deslices lingüísticos que malignamente acopia Goytisolo en

<sup>23</sup> Serge Maurel, in *Hommage a André Joucla Ruau*, analiza finamente la relación de Goytisolo con la madre.

<sup>24</sup> Véase el paródico «patchwork» literario, pp. 37/38 y *passim*.

<sup>25</sup> p. 39.

una página muestrario<sup>26</sup>, haciendo burla del «copyright» que España sigue manteniendo sobre el idioma<sup>27</sup>.

Pero ¿quién le va entonces a impedir al lector discurrir por cuenta suya que el estilo mofado por Goytisolo puede que no sea sólo reflejo de un ideario de farsantes, del «grand canard farci» áureo<sup>28</sup>; y que algunos rasgos de la misma lengua española (tensión y heroicidad gramaticales) tal vez tengan que ver con la historia patria y con las que —puesto a calificarlas Goytisolo— no tiene más remedio que nombrar «hazañas» («Hazañas de su gente / que de algún modo había que llamarlas»)<sup>29</sup>, siendo así que el estudioso extranjero del idioma español —horresco referens— está al borde de considerar que la lengua es, de por sí, compromiso con una serie de valores nacionales<sup>30</sup>. Un rasgo singular de la literatura española —cuyo origen es bien fácil encontrar en la historia— es que sea ella discurso de doble sentido: lástima que Goytisolo no se detenga a analizar este encuentro de las letras (e incluso del idioma, propenso a jugar con la palabra) con la historia, tan diestro y castizo como es él en el manejar el doble sentido, sabio en el callar, más allá de lo que se articula.

Patria intermitente España<sup>31</sup>, dirá Goytisolo: de hecho patria e idioma configurados a medida de quien hace pública profesión, mejor que de individualismo, de elegante egotismo.

El episodio pastoril del Coloquio de los Perros es, si se mira bien, un juego sobre el concepto de *pastor*, serie de variaciones en que el término asume acepciones cambiantes, a veces opuestas. Omitiendo el sentido literal del pastor toscó, soez, que ofrece la escena, la otra acepción más visible viene a ser la del héroe sublimado de novela pastoril. En la contraposición de ambos sentidos se origina un retórico y burlesco ejercicio de parodia de las novelas pastoriles más famosas en tiempos de Cervantes<sup>32</sup>.

<sup>26</sup> «Reivindicación», pp. 194/195.

<sup>27</sup> p. 192 «Falta el lenguaje, Julián / desde estrados, iglesias, cátedras, púlpitos, academias, / tribunas los carpetos reivindican con orgullo sus derechos de propiedad sobre el lenguaje / es nuestro, nuestro, nuestro, dicen (...) patentado conforme a las leyes / protegido por las convenciones internacionales.»

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>29</sup> «Señas de identidad», p. 419.

<sup>30</sup> Por lo cual tampoco se resiste a admitir que, vigente el idioma español en América —reformado / re-formado— con él y por él se mantiene vivo un ideario español.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 419 «pensando en la historia de tu país tuya solamente a intermitencias.»

<sup>32</sup> Novelas todas citadas por Rodríguez Marín, en su edición crítica de las Novelas Ejemplares, el que a su vez cita a González de Amezúa y Mayo, autor de una edición crítica de «El Casamiento engañoso y Coloquio de los perros Cipión y Berganza». Son las novelas: La Arcadia de Lope de Vega, El Pastor de Fílida, de Gálvez de Montalvo, Los siete libros de la Diana de Montemayor, a los cuales Cervantes se complace en añadir unas alusiones a la Primera parte de su Galatea.

«Pero la escena ha de leerse además como una parábola crítica», en que sentido humano y religioso caminan a la par, presidida como la vemos por la imagen del Buen Pastor, Cristo por antonomasia. Es en efecto el nuevo oficio del perro Berganza (conocido entonces por Barcino) transposición exacta de la misión de Cristo: él es guardián que vela y se desvela por que no se malogre el «hato o rebaño de ovejas y carneros» que le está encomendado. Como Cristo, es amigo de pobres e indefensos, enemigos de soberbios. Figura de cariz crístico, podría pensarse, y al mismo tiempo, discípulo e imitador suyo, que aspira a reunirse a su mística manada, creyendo haber hallado en el rebaño «el centro» de su «reposo»<sup>33</sup>, palabras ambas a las que hay que conferir su plena significación religiosa. No de otra manera aspiró Fray Luis a la morada del cielo<sup>34</sup> «Alma región luciente, / prado de bienandanza» (en otro poema, «inmortal seguro»)<sup>35</sup>, y anheló que el alma suya «a tu manada / junta, no ya andara perdida, errada»<sup>36</sup>. No parece indispensable —pero tampoco impropio— confirmar la calidad crística de la figura del perro Barcino, leyendo en el sestear suyo como un eco del «Conocería dónde / sesteas, dulce esposo», de Fray Luis<sup>37</sup> <sup>38</sup>. Ni deja tampoco de llamar la atención que Berganza / Barcino herede, como guardián del hato, el collar de *Leoncillo*<sup>39</sup>.

Para que se dibuje más claro el sesgo alegórico de la misión de Berganza<sup>40</sup>, aquí tenemos a la tríada de los pastores desalmados, faltos de

<sup>33</sup> «Así como le ví, creí que había hallado en él el centro de mi reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que pueden poco», ed. cit., p. 221.

<sup>34</sup> Fray Luis de León, Poesías, «Morada del Cielo».

<sup>35</sup> Ibid. «En la Ascensión».

<sup>36</sup> Ibid. «Morada del Cielo».

<sup>37</sup> Ibid.

<sup>38</sup> La identificación a Cristo parece darse también en «El Licenciado Vidriera», cuya divisa implícita viene a ser un «Nolite me tangere», a juzgar por su comportamiento. Las palabras «Nolite tangere christos meos» aparecen también, aplicadas por el Licenciado Vidriera, y con la característica ambigüedad que conllevan todos sus dictámenes, a un religioso mofado por la muchedumbre (p. 75). Véase además el «patio de los Consejos», donde el Linceciado actúa, frente a la muchedumbre, de Jesús que contesta las preguntas de los doctores en el Templo, o las que le surgen al paso en su predicar diario.

<sup>39</sup> Joaquín Casaldueiro aduce una larga cita de «Los nombres de Cristo», de sumo interés para nuestras variaciones sobre las acepciones del pastor Berganza, cf. «Sentido y forma de las «Novelas Ejemplares», Ed. Gredos, Biblioteca Románica, Madrid, 1974. Véase también la notable introducción de Molho a «El casamiento engañoso y Coloquio de los perros», Aubier-Flammarion, París, 1970.

<sup>40</sup> Siendo, como lo es para Cervantes, lo importante declarar la finalidad alegórica del episodio pastoril, hace que se demore el perro en esclarecerla, sin consideración alguna de la realidad exterior al cuento, ni tampoco de la realidad fingida en el episodio, puesto que guardar las ovejas del lobo, es reservarlas, a fin de cuentas, para algún matadero.

caridad para con el perro y el rebaño a quien tuvieran que valer, y que invierten sacrílegamente el mensaje de Cristo. Aparece además otro metafórico pastor, que es el «señor del ganado», figura armada que parece entrañar una potencialidad de violencia, que Cervantes subraya por el símil del «atajador de la costa»<sup>41</sup>. Si en puridad no se le puede calificar de mal pastor, y aún cuando su intervención redunde en beneficio de Berganza, con todo se nos aparece como brazo de rigor que desmiente la mansedumbre del contexto cristiano.

Rematan el episodio unos aforismos con deje de homilía. Por lo demás, la presencia crística de trasfondo que venimos señalando, y la parábola del buen y del mal pastor rebasan los límites del episodio, y conforme a la estructura de enlaces característica del Coloquio de los Perros, se sobreviven en la antitética pareja del «Señor del cielo» y los «señores de la tierra», en la secuencia mercantil inmediata a la pastoril.

Dejando ya el plan místico, para traer nuestro episodio al plan humano, se advertirá que el Berganza / Barcino encarna, con respecto al rebaño, una figura alienígena, cuyo horizonte de procedencia se desconoce («no sé cuyo sea», dirá el pastor, «aunque se que no es de los rebaños de la redonda»)<sup>42</sup>. Y topa aquí el lector, bajo las especies de un protagonista animal, con la ocultación de los orígenes, característica no pocas veces del héroe cervantino: erosión de pasado que, según el artificio novelesco que escoja Cervantes, unas veces corre por cuenta del narrador novelista, otra de sus criaturas dialogantes, hasta rayar a veces en deliberada amnesia; un ejemplo particularmente claro de lo cual sería el Tomás Rodaja, luego Licenciado Vidriera, con las negativas que opone a la curiosidad de sus futuros amos<sup>43</sup>. La preterición de pasado obra como ablución de bautismo, dejando una tabla rasa en que se va a edificar el hombre nuevo, a veces con cambio paralelo del nombre.

Sobran pues genealogías y resulta tan improcedente *cotejar* los pastores al perro, cerciorándose de si será de «casta», como *expulgar* amos los «linajes» de sus futuros criados (en el episodio mercantil, inmediato al pastoril, y complementario suyo): buscar, en suma, entre las estirpes humanas o animales, — en esa singular ocasión, comunicadas mediante un «lapso» de escritura<sup>44</sup>, limpieza de sangre, donde exista «limpieza de corazón»,

<sup>41</sup> Ed. cit., p. 222.

<sup>42</sup> Molho, ed. cit., emplea la palabra «alienígena», en un contexto interpretativo distinto al nuestro.

<sup>43</sup> Ed. cit., p. 10 «Desa manera —dijo uno de los caballeros—, no es por falta de memoria habésete olvidado el nombre de tu patria. Sea por lo que fuere —respondió el muchacho—; que ni el della ni el de mis padres sabrá ninguno que yo pueda honrarlos a ellos y a ella.»

<sup>44</sup> «¿Qué modo tenías para entrar con amo? Porque, según lo que se usa, con gran dificultad el día de hoy halla un *hombre* de bien señor a quien servir.» (Habla Cipión).

única que exige el Señor del cielo<sup>45</sup>. Se entiende que la admonición crítica del Barcino pastor, reiterada por el Berganza criado de mercader (tentativa novelesca, en suma, para configurar la sociedad humana por el modelo, digamos, igualitario de Cristo), y de otra parte, la abolición de los antecedentes del perro, son dos facetas indisolubles de una misma doctrina y un mismo pleitear pro domo. La regeneración por Cristo, preámbulo obligado a la edificación del hombre nuevo, redimido/eximido de pasado, tiene a su vez como corolario en la profesión de fe cervantina, la insistencia en lo que sea propiamente el valer del individuo, el existir del albedrío, y la necesidad del esfuerzo personal. En Berganza están las cualidades que han de hacer de él un «gran perro»; en él consiste que haga uso de ellas y afirme, por acto volitivo, la libertad propia, segregándose del hato de las ovejas y de los malos pastores. (Particularmente clara se verá la fe cervantina en el hombre en las orgullosas declaraciones del Tomás Rodaja, putativo hijo de *labrador*, quien se ha de *labrar* a sí mismo por virtud de su ingenio y talento personal)<sup>46</sup>.

El lance pastoril del Coloquio es irrisión de la información de sangre —traspuesta aquí al plan animal, averiguación grotesca que deja acreditado el claro linaje de Berganza— e impugnación por absurdo del prejuicio de la limpieza. (Otra manera, tal vez, de rebatirlo —en uno de los pocos afortunados romances de «La gitanilla»— sea dar una como prelación a Santa Ana, en el supuesto ocupado junto al Señor y en los poderes de

---

<sup>45</sup> pp. 222/233 «Muy diferentes son los señores de la tierra del Señor del cielo: aquéllos, para recibir a un criado, primero le examinan el linaje (...); pero para entrar a servir a Dios, el más pobre es más rico (...) y con sólo que se disponga con limpieza de corazón a querer servirle, luego le manda poner en el libro de sus gajes, etc.»

Otro claro enlace de los episodios pastoril y mercantil consiste en mostrarnos a los pastores expulgándose, y después a los amos expulgando los linajes de sus criados, y en el mencionar la limpieza de corazón, que se opone a la suciedad de los pastores.

<sup>46</sup> Cf. nota (43).

De nuevo sugerimos aquí que se entienda la palabra «labrador» como sinónima de «tejedor, edificador» de un mismo, acepción antitética e impugnación de la vulgar de labrador, cristiano viejo, o como se dirá en «El Licenciado Vidriera» «de los que siempre blasonan de cristianos viejos» (p. 42). El lector nuestro ya habrá echado de ver la relación que pueda existir entre la abolición del pasado, el ser uno hijo de sus obras —vale decir ser *labrador* de sí mismo—, y el comienzo ceñido, abrupto de varias novelas ejemplares. El Prof. Sicroft disertó con agudeza, en el Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas reunido en Venecia (1980), sobre la específica forma que tenían de comenzar el Lazarillo, el Guzmán de Alfarache, y la novela cervantina, señalando en ésta la notable falta de las genealogías. Ya que, en su debido tiempo, le mandamos nuestro estudio cervantino «Du propre et du figuré dans quelques pages de Cervantes», in *Hommage a Marcel Bataillon* a cargo de la Fondation Singer-Polignac, en que hacemos hincapié en el «labrador» cervantino, nos pareció oportuno preguntarle si no le parecía conveniente enlazar su reflexión con nuestros análisis.

intercesión, discreto pleitear cuyo fin fuese recordar a una la filiación judaica de la Virgen María y de la religión cristiana)<sup>47</sup>. El episodio es también orgullosa reivindicación de la noción de individuo.

\* \* \*

Una de las facetas de la compleja espiritualidad cervantina, el episodio pastoril del Coloquio privilegia y enfatiza la vertiente cristiana, desentendiéndose de las verdades del Dogma (presentes en otros lugares de la obra de Cervantes y merecedores de la atención del lector, por el celo de algunas declaraciones, con resabio de neo-cristiano)<sup>48</sup>. El perro Berganza/Barcino, al procurar su inclusión en la manada, sacra y humana, se acoge a la promesa de Cristo: juzgando por los epítetos halagadores que se le imponen y por los altos destinos que le pronostica su autor<sup>49</sup>, bien podemos pensar que su tentativa fallida transpone la propia experiencia de converso de Cervantes.

Dos experiencias de segregación del individuo, como consecuencia de una libre decisión suya, al no haber podido hallar su puesto en la comunidad: tal aparecen los textos de Goytisolo y Cervantes que hemos analizado. Y bien ¿qué es lo que nos permite pensar que el moderno se inscribe deliberadamente en una perspectiva cervantina, echando secretamente una mano al lector para que éste le entienda?

Nada, a primera vista, hace sospechosa la referencia a Cervantes, alu-

---

<sup>47</sup> Por supuesto la presencia de Santa Ana en el romance tiene su justificación histórica en que «era patrona y abogada de la villa» de Madrid, p. 6. Eso no quita que merezcan examinarse los versos que van a continuación: «Madre de una hija / En quien quiso y pudo / Mostrar Dios grandezas / Sobre humano curso. // Por vos y por ella / Sois, Ana, el refugio / Do van por remedio / Nuestros infortunios. // En cierta manera, / Tenéis, no lo dudo, / Sobre el Nieto imperio / Piadoso y justo».

<sup>48</sup> Véase el matizado panorama de la espiritualidad cervantina que delinea Rafael Lapesa, con la sabiduría, tacto y objetividad acostumbrados, en su «En torno a La Española Inglesa y El Persiles», citando por supuesto a Américo Castro y destacando el aserto suyo del «alarde de ortodoxia» que observa en Cervantes (in «De la Edad Media a nuestros días», Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, Madrid, 1967).

Queremos señalar nosotros cómo se encarece, y con qué ostentación, la devoción a la Virgen, en la Constancia de «La ilustre fregona» (figura harto ambigua, c. nuestro citado estudio): «devotísima de Nuestra Señora», p. 307, «tragaavemarías», p. 313.

<sup>49</sup> p. 222 «no hay señal en él que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro». (Además de «yo tenía todas las señales de ser perro de casta», y «tiene señales de ser bueno»); a que hacen eco, en el episodio mercaderil, el «perro grande», y el lapso «con gran dificultad halla hoy un hombre de bien señor a quien servir», pp. 234/233. Otras identificaciones huidizas y figuradas, serían las del gavilán, en el episodio del Matadero, y del águila metafórica, más la del Leoncillo, en el episodio pastoril.

dido por el personaje del Quijote, tan palmaria y sin dobleces se ve ella<sup>50</sup>. Por lo demás, ya se ha visto que queda enmarcada entre memorias varias del Siglo de oro, y como perdida entre Fray Luis, Vélez de Guevara y Calderón. Dos detalles sin embargo son dignos de toda atención: a punto de concluirse el libro de Goytisolo, se observa el carácter reiterativo de las incursiones en el área semántica del rebaño (en la misma secuencia del desenlace del capítulo VIII, en que Goytisolo topa con el *rebaño* de los turistas, es donde se parte de la *grey* hispana<sup>51</sup>; el capítulo VII encierra una doble ocurrencia de la *grey*, y una mención del café de Mme Berge, vuelto a traer in ultimis<sup>52</sup> por un capricho de la memoria, merced al procedimiento del flashback, tan poco sospechoso en quien cabalmente está recapacitando sobre sus malogrados proyectos cinematográficos... Dichas ocurrencias son, a nuestro ver, indicio de una voluntad de imprimir en la mente lectora la imagen de trasfondo del rebaño, subterfugio para adentrarse en campo cervantino.

Otro detalle, tampoco fortuito, es que la necesaria partición de Goytisolo y de la *grey* tenga lugar en Barcelona: ello va a permitir el recurso esotérico al perro Berganza del Coloquio, huido del Matadero de Sevilla, y adscrito ya al universo de los pastores. Aquí la alusión a Cervantes no la asume nadie: alusión inclusera<sup>53</sup>, por así decir, que se agazapa en el resumen de un folleto turístico, panorama despersonalizado, de máxima objetividad, de las sucesivas etapas de la historia de Barcelona, siendo la segunda de ellas aquella de la Barcelona romana, «Faventia Julia Augusta Pía Barcino en la España Citerior»<sup>54</sup>, nombre en que se enuncian a una la romanidad de la ciudad y su antigua personalidad cartaginense. El nombre «*Barcino*» que Cartago impuso a la ciudad, como pleitesía a Amilcar y la familia de los Barcas, es, según pensamos, otro ardid novelesco para evocar los manes del perro Berganza, conocido en el segundo episodio de su vida errabunda, como «*Barcino*».

Tal vez se juzgue azaroso el parentesco que pretendemos crear entre

---

<sup>50</sup> Un folleto turístico oficial saca a relucir al héroe cervantino, enlazando, con fines propagandísticos, la pasada Barcelona que contempló el hidalgo, con la urbe moderna, dando pie a una reflexión de Goytisolo sobre lo que iban a ser, en el día de hoy, las reacciones de un Quijote, inmerso en la marejada de los turistas, pp. 401/402.

<sup>51</sup> pp. 406 y 419.

<sup>52</sup> pp. 380 y 377.

<sup>53</sup> Se observará que existe una relación inversa entre el grado de significación de la referencia a Cervantes y la despersonalización de la alusión: cuanto más claramente asume el autor la paternidad de la alusión, menos significativa es ella; más elusiva, en cambio, más prefriada de alusiones.

<sup>54</sup> p. 418 «BREVE HISTORIA DE NUESTRA CIUDAD» / «Sobre los restos de un poblado íbero habitado por los layetanos se fundó la colina romana Faventina Julia Augusta Pía Barcino en la España Citerior, cuya capital era Tarraco».

dos conceptos —lógicamente extraños— (ciudad/perro), basándonos en lo que es mera coincidencia auditiva. No lo pensamos así. Además de ser rasgo característico de toda escritura novelesca el no querer traicionarse a sí mismo el escritor, deseando que otros le traicionen, y el fiar, en parte esencial, el mensaje racional que dirige al lector, a unos acólitos irracionales (signos gráficos, y auditivos), ya nos tiene convencidos la literatura hispana, rato ha, de que ella ha logrado un punto de habilidad no superado en este campo.

En efecto: otro desplazamiento del sentido, no menos irracional, otra homonimia, enlazará nuevamente con el texto de Goytisolo, al perro cervantino, quien reputa —hasta que escucha la confesión de la Cañizares— haber sido sus padres unos perros *alanos*<sup>55</sup>. Precisamente la palabra *alanos* vuelve a surgir en el mismo repaso de la historia barcelonesa, al identificar Goytisolo la invasión de los turistas extranjeros, con las hordas de los bárbaros: «Hunos Godos Suevos Vándalos *Alanos*»<sup>56</sup>.

¿Y bien, qué se consigue haciendo constar que Goytisolo, en el trance del desarraigo tiene presente a Cervantes? Lo primero, ver cómo el moderno considera que, desde la fenomenología de la historia de España, y por distantes que sean en el tiempo su experiencia y la de Cervantes, son dos ocurrencias comparables, por cuanto constituyen dos mensajes de heterodoxia. Al respecto importa menos para Goytisolo, cuál sea el punto litigado con la comunidad (raza, religión, ideologías, moral y sexualidad), que no el reconocimiento de que son casos homólogos de una misma disposición amorosa del individuo hacia la comunidad, que ésta deja defraudada<sup>57</sup>, de donde se sigue la marginación de Berganza (entre las varias que ofrece el curso de su vida)<sup>58</sup>, o el exilio geográfico de las «Señas». Perro que no ha podido adscribirse a la manada, Berganza; oveja descarriada, que será Goytisolo para sus paisanos, oveja negra, cultora de divinidades negras, que hallará su réplica en el negro primo Mendiola, a quien rechaza la comunidad familiar burguesa de los Mendiola.

---

<sup>55</sup> p. 215, ed. cit. «por donde imaginara (si no fuera por lo que después te diré) que mis padres debieron de ser *alanos* (...)». Hayan o no sido *alanos* los padres de Barcino, el caso es que vuelve a surgir, a las pocas líneas, la palabra «este tal Nicolás me enseñaba a mí y a otros cachorros a que, en compañía de *alanos* viejos, arremetiésemos a los toros, etc.».

<sup>56</sup> p. 402, y asociado Cervantes a la ocurrencia de la palabra «Imaginaste al caballero Don Quijote cociéndose al sol de esta bochornosa mañana de agosto de 1963 en medio de las bárbaras caravanas de Hunos Godos Suevos Vándalos *Alanos*».

<sup>57</sup> p. 420, en «Señas de identidad», «todo ha sido inútil / oh patria / mi nacimiento entre los tuyos y el hondo amor que / sin pedirlo tú / durante años obstinadamente te he ofrendado».

<sup>58</sup> «Coloquio», y «nadie me despidió, si no era que yo me despidiese, o por mejor decir, me fuese», en el episodio mercantil subsiguiente al pastoril.



Contrastados además los textos de Goytisolo y de Cervantes, se enuncia clara la pregunta de ¿Qué es el cuerpo de España? ¿Qué, esa entidad cuya unidad parece recabarse solamente a viva fuerza, sostenerse a puño de atajador de la costa, pronto a repeler virtuales herejías? La España a que se ha venido imponiendo un sello de conformismo es suma de pasados históricos varios, aluviones étnicos y culturales dispares, y el pseudo-folleto turístico (palimpsesto) sobre la ciudad de Barcelona da ocasión a Goytisolo para recordarlo a las mentes olvidadizas, insinuando el ridículo de la *pretensión castiza de raza*<sup>59</sup> (incluso, cuando, como hemos dicho, nos parece que la postura contradictoria suya necesita afirmarse con el recurso a alguna esencia hispana). Aunque todavía no hemos asistido al rescate del grial hispano por la carpa y el carpeto — eso será cosa de Don Julián — ya se esboza en las «Señas» la interrogación árabe-africana, con motivo del encuentro de Goytisolo con Andalucía, y de otra parte, se opera en la novela el primer mestizaje de España con el Africa cubana.

Pues bien: la reflexión de Goytisolo está ligada, según pensamos, con la de Cervantes — una de tantas como se elaboran de trecho en trecho sobre la identidad de España — (la de Pérez Galdós, por supuesto, es otra). El perro *Barcino* bien podría tener, para los lectores de Cervantes, pelaje «blanco manchado de pardo o rojo»<sup>60</sup>. Pero aquí está Goytisolo para invitarnos a considerarle como émulo cartaginés del perro Cipión, cuyos antecedentes «africanos ya se han sacado a luz tiempos ha»<sup>61</sup>, con lo cual vemos surgir ante nuestros ojos, recabada ya, la pareja dialéctica Cipión/Amilcar, Roma/Cartago, cuyos protagonistas departen afables, por obra de portento, en la noche de Valladolid. El que quiera, en la misma ojeada de Cervantes, abarcar algo más del pasado de España, añadida además a la Numancia, de la que Berganza es casi consonante; y también a instancias de nuestros autores, a aquellos *alanos*, bárbaros cuya invasión reiterada padece Goytisolo, y de quienes pudo declararse hijo Berganza. ¿Quién sabe si, rebasando las fronteras del Coloquio, el lector de Cervantes no iba a dar también con el Africa musulmana, no muy distante tal vez en «La ilustre fregona» de la reflexión sobre el ser múltiple de España?...<sup>62</sup>

MICHELE SARRAILH  
París (Francia)

<sup>59</sup> «Hijo espúreo», se llama a sí mismo Goytisolo.

<sup>60</sup> Rodríguez Marín, ed. cit., p. 223, nota 7.

<sup>61</sup> Cf. Maurice Molho, ed. cit.

<sup>62</sup> Cf. Las llamadas «almadrabas de Zahara y la conquista de Túnez» con que se conocía «la pesca de atunes» entre los pícaros frecuentadores de las almadrabas; Rodríguez Marín, p. 224/225, nota 14.